



MEMORIAS

de la

Campaña de Invasión

en nuestra

Ultima Guerra de Independencia

por el Mayor General

Miguel Varona y del Castillo

M. E. L., M. M. (Retirado)

Ex-Ayudante de Campo del Mayor General del

Ejército Libertador

ANTONIO MACEO

Para la biblioteca de la sociedad Lyceum Lawn Tennis

Miguel Varona

Diciembre de 1.944



MEMORIAS

de la

Campaña de Invasión

en nuestra

Ultima Guerra de Independencia

por el Mayor General

Miguel Varona y del Castillo

M. E. L., M. M. (Retirado)

Ex-Ayudante de Campo del Mayor General del

Ejército Libertador

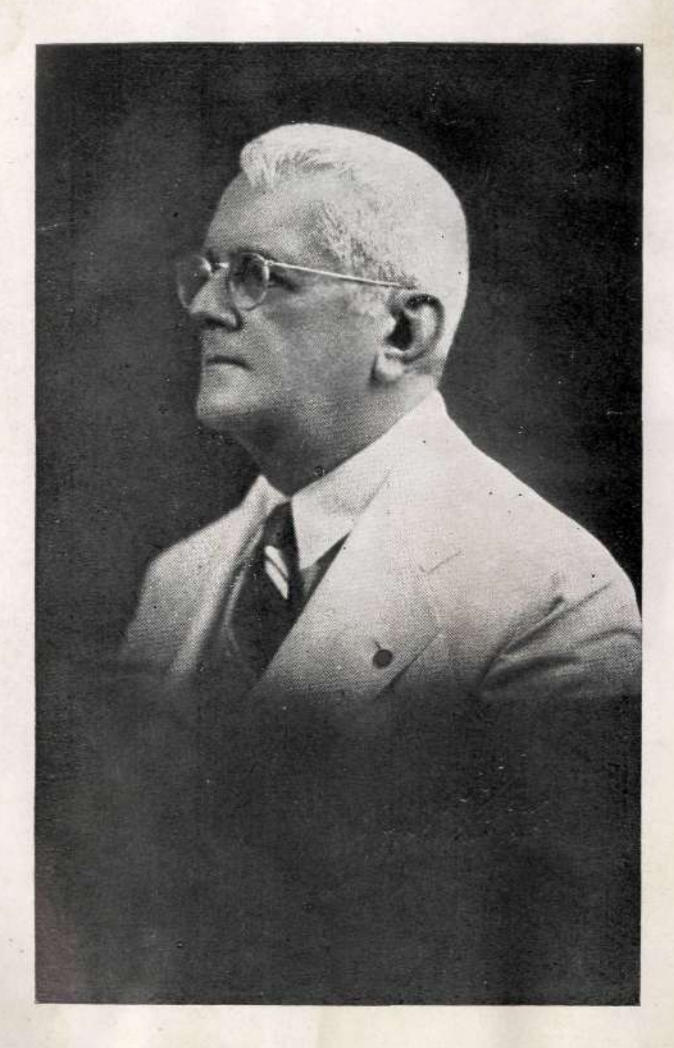
ANTONIO MACEO

●



Homenaje

Ofrecido por los socios del Unión Club de la Habana al General Miguel Varona y del Castillo, con motivo de la Conferencia "Memorias de la Campaña de Invasión, en nuestra Ultima Guerra de Independencia", leída en la Academia Nacional de Historia, en la noche del 29 de Junio de 1944, y a sus compañeros, Miembros del Club, Veteranos de la Guerra de Independencia.



MAYOR GENERAL MIGUEL VARONA Y DEL CASTILLO, M. E. L., M. M. (Retirado), Ex-Ayudante de Campo del Mayor General del Ejército Libertador Antonio Maceo.

UNION CLUB DE LA HABANA

•

JUNTA DIRECTIVA

•

PRESIDENTES DE HONOR

General Miguel Varona. Dr. Carlos Miguel de Céspedes.

PRESIDENTE.

Dr. Ramón Zaydín y Márques Sterling.

VICE-PRESIDENTE.

Armando Parajón y Amaro.

SECRETARIO.

Dr. Gonzalo Andux y Güell.

VICE-SECRETARIO.

Dr. Francisco Leza y López.

TESORERO.

Dr. Carlos M. Varona.

CONTADOR.

Dr. Justo Lamar Roura.

VOCALES.

Francisco Palá.
Cor. Antonio Tavel Marcano.
Arturo Armand.
Patricio de la Guardia.
Dr. Juan M. Alfonso.
Manuel A. Camío.

•

COMISION ORGANIZADORA.

Dr. Bernardo Latour y Olivier.
Dr. Gonzalo Andux y Güell.
Sr. Patricio de la Guardia y Arvide.

UNION CLUB DE LA HABANA

•

JUNTA DIRECTIVA

SESION DE 7 DE SEPTIEMBRE DE 1944.

•

"Se acuerda publicar en forma de folleto, la confe-
"rencia pronunciada por el General Miguel Varona y
"del Castillo, en la Academia Nacional de Historia,
"el día 29 de Junio de 1944, por considerarla de alto
"valor documental, para servir a la Historia de Cuba".

SEÑORES MIEMBROS DEL CLUB, PANEGIRISTAS DE LOS INVITADOS DE HONOR, EN EL HOMENAJE OFRECIDO EL DIA 19 DE AGOSTO DE 1944.

•

Dr. Ramón Zaydín y Márquez Sterling.

Dr. Lucilo de la Peña Cruz.

Dr. Lorenzo de Erviti.

Dr. Carlos Miguel de Céspedes.

Dr. Justo Lamar Roura.

Dr. Juan Manuel Alfonso.

Dr. Bernardo Latour.

Sr. Anselmo Díaz del Villar.

Sr. Salvador Quesada Torres.

Dr. Francisco Ichaso.

Dr. Gonzalo Andux y Güell.

Dr. Joaquín Martínez Sáenz.

Dr. Darío E. Castillo.

Sr. Andrés Abela.

Dr. Alberto de la Torre.

Dr. Ricardo Duval.

SEÑORES MIEMBROS DEL CLUB, VETERANOS DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA, INVITADOS DE HONOR AL BANQUETE HOMENAJE OFRECIDO EL DIA 19 DE AGOSTO DE 1944, EN EL EDIFICIO SOCIAL.

GENERALES:

Rafael Montalvo.
Hugo Roberts.

CORONELES:

Carlos Mendieta Montefur.
Pablo Mendieta Montefur.
Orestes Ferrara y Marino.
José Semidey.
Carlos Machado.
Carlos García Vélez.
Ignacio Almagro.
Cosme de la Torriente.

TENIENTE CORONEL:

Cristóbal Moré.

COMANDANTES:

Antonio Tavel Marcano.
Rigoberto Fernández.
Emilio Bacardí.
Luis Rodolfo Miranda.
Nicolás de Cárdenas.
Alberto Barreras.
Manuel Secades Japón.
Miguel Varona y Guerrero.
Bernabé Sánchez Batista.

CAPITANES:

José Martí y Zayas Bazán.
Primitivo del Portal.
Enrique Conill.
Manuel Benítez González.
Antonio Berenguer y Sed.
Juan Carlos Andreu.

TENIENTE:

Serafín Espinosa y Ramos.

Notas Biográficas

sobre el

General Varona

Leídas por el

Dr. Carlos Marques Sterling

SEÑORES:

UNA vida ejemplar expresa la mejor de las síntesis. Talleyrand, comisionado por Bonaparte, para escribirle un manifiesto, en veinte y cuatro horas, hubo de contestar a la crítica del emperador, que lo desdeñaba por extenso: No he tenido tiempo de hacerlo más corto.

A mí me ocurre lo mismo. No he tenido horas bastantes para en una cuartilla —condición expresa de esta fiesta inolvidable— resumir la recia personalidad del general Miguel Varona, fundador de la patria, guerrero de la libertad, virtuoso de la paz, sereno y magnífico en el amor a su tierra, a la que ha dedicado, desde sus años más mozos, el fuego siempre vivo de sus virtudes y de sus pasiones, jamás alteradas en la concepción filosófica de sus mayores, cuyos pensamientos admirables se han grabado en la soberanía de nuestro pueblo como normas imperecederas para hacer de Cuba una gran nación por la cultura rebelde a todas las rutinas que han detenido en nuestra historia el avance progresista de los que, como Enrique José Varona, supieron adelantarse a su época.

Miguel Varona tiene una biografía rica en colorido. No por la acción de muchos hechos, sino por la persistencia de su voluntad en uno solo de ellos: la de haber dedicado, en la guerra y en la paz, todos sus servicios a la República, en el ejercicio de las armas. Ha sido soldado. Y muestra una suprema magnificencia en el hecho. Soldado en los campos rebeldes de Cuba Libre. Soldado en las horas difíciles de las luchas fraternas. Soldado en la fragua permanente de la creación del Estado. Y sigue siendo soldado al servicio de los más puros principios republicanos, encarnados en la serena voluntad de hacer de su patria, un pueblo soberano.

Nacido en Camagüey en 1868, que es como decir, nacido en la entraña misma de Cuba y de la libertad, por el solar y por la fecha. Conspirador con Juan Gualberto, colaborador con Martí, entendió muy pronto "que la dominación española —son sus propias palabras— era incompatible con todo lo que significara el progreso". Y armado de estos ideales, pues nuestros libertadores sólo tenían por fusil el ideal y por razón

el machete, desembarcó en Cuba, por Baracoa, el 19 de Agosto de 1895, hace hoy justamente 49 años, para hacer suyo el grito de independencia o muerte, que salió de las entrañas del Camagüey heroico en los labios de Agramonte, síntesis de una juventud invencible.

De todos los guerreros que Cuba ha dado, y ha ofrecido al mundo el ejemplo de hombres indomables, seguramente muy pocos alcanzaron la magnitud de Antonio Maceo. Era un Sol que jamás se apagaba. Un carácter que nunca se doblegaba, un patriota que nadie mejoraba. Maceo unía a estas cualidades la de ser extraordinariamente exigente en la acción. Cabalgar al lado del Titán era buscar la muerte. Ninguno de los aviadores actuales que salen para no regresar en noventa ocasiones de cien, se arriesgaron mejor que los ayudantes de Maceo; Miguel Varona fué ayudante de campo del Lugarteniente. Jugó con la muerte, y con Maceo, venció a la muerte en los campos de Cuba irredenta.

Jefe de Estado Mayor en la paz, Varona dió pruebas de su amor a Cuba en aquellos lances difíciles de las luchas civiles. Fué un jefe de ejército, que traía en las botas del soldado, el polvo milagroso de cien combates libertarios. Días felices en que Cuba tenía por ejército a aquellos mismos que habían hecho la independencia y la República, sin injertos ajenos a los horizontes tropicales donde el Sol en los crepúsculos es una llamarada viva de patriotismo y de cubanidad.

Varona en la paz es el mismo de la guerra. En este Club que ha presidido, donde todos lo amamos y lo respetamos, ha sabido penetrar en el corazón de todos nosotros. Juega al ajedrez para jugar a la guerra, se pasea por salones y terrazas con un guiño de rebeldía en los ojos vivos e inteligentes. Y muchas veces, cuando la discusión toca al reglamento o penetra por los vericuetos de la política al margen de nuestra ley íntima y social, sus argumentos se parecen mucho a una carga al machete, o a la invasión que concibió Maceo. A veces lo embarga la desilusión. Un minuto nada más. Ese día se retira del Club por donde mismo entró, murmurando bajito, como un reproche no a los que hicieron patria, sino a los que la están deshaciendo, aquella frase de Bolívar: "Hemos arado en el mar".

No sé si he cumplido mi cometido dentro de la cuartilla. Creo que no. Excusadme. He tratado de hacerlo con todas mis fuerzas morales. Antes de terminar quiero expresar que la significación de este acto no está tanto en la amistad que nos anima a ello, como en el simbolismo que lo representa.

Un rayo de esperanza se abre siempre entre nosotros, cuando se habla de aquella juventud de leyenda que fué a luchar para darnos una patria libre. La juventud de ayer, del 68 y del 95, es el veterano de hoy, que con sus brazos fuertes y vigorosos a los que guiaba el ideal, desentrañó la República de las garras de una monarquía feroz pero caduca, dándonos lo más preciado para el hombre: la libertad. Esa libertad por la que se lucha hoy en todos los continentes del mundo. Por esa razón nuestra historia está en todos los veteranos. En los que ya han ido para siempre materialmente, y en los que por fortuna aún nos quedan. Estos hombres generosos, nobles, desprendidos, valientes, abnegados, comprendieron que el éxito de sus ideales no estaba en primar unos sobre otros, sino que descansaban en la cooperación, en la unión. Por eso, Martí es hoy Apóstol y Maestro; Máximo Gómez Libertador y Generalísimo; Maceo Lugarteniente y Titán; Agramonte evangelio y creación de pureza; Calixto García estrategia y símbolo.

Al hablar de Miguel Varona, veterano ilustre, eternamente joven en el ideal que no muere nunca, como al hablar de todos los demás, se está hablando no solamente de ellos, sino de la parte alícuota de los más grandes en la historia, de aquellos inmortales que si no hubieran tenido a sus órdenes y a su servicio una generación también de inmortales, no estarían aposentados en la Historia con la grandeza con que lo están.

Señores: Mi cuartilla ha terminado. Siempre que veo a un veterano, al calor de esta idea que acabo de exponer, me parece que estoy viendo también un pedazo de Martí, un pedazo de Máximo Gómez, de Agramonte, de Maceo, que son al decir de Miguel Varona, sus héroes favoritos de nuestra gesta libertadora, que hoy todos nosotros honramos en el "Unión Club..."

MEMORIAS

de la

Campaña de Invasión en nuestra

Ultima Guerra de Independencia

por el Mayor General

Miguel Varona y del Castillo

M. E. L., M. M. (Retirado)

Ex-Ayudante de Campo del Mayor General

del Ejército Libertador

ANTONIO MACEO

A fines del año de 1895 y principios del de 1896, y a medida que se iban recibiendo en el extranjero las noticias sobre el avance hacia Occidente de nuestro pequeño ejército invasor, debió haber habido una gran curiosidad y extrañeza entre los oficiales de los Estados Mayores de las grandes potencias militares. No porque yo piense que a estas naciones pudiera interesarles, desde el punto de vista estrictamente militar, la guerra de una colonia contra su Metrópoli, sino por lo insólito del hecho que estaba ocurriendo.

¿Cómo ha sido posible, dirían en Alemania, la nación dedicada por generaciones al estudio y a la práctica de todas las técnicas relacionadas con la ciencia y el arte de la guerra, que unos cuatro o cinco mil revolucionarios hayan podido recorrer en toda su extensión una isla de mil doscientos kilómetros de largo y de no más de doscientos en su parte más ancha; con todos sus puertos, ciudades y pueblos en poder del gobierno; con ferrocarriles, carreteras, telégrafos y teléfonos en su mitad occidental; y a través de un ejército europeo compuesto de ciento cinco mil regulares, sesenta y tres mil voluntarios y seis mi guerrilleros y milicianos, mandados por un Capitán General, tres Tenientes Generales, ocho Generales de División y veinticinco Generales de Brigada? (1).

En Francia, país de gloriosas tradiciones bélicas

(1) Datos oficiales del Ministerio de la Guerra de España y de la Capitanía General de la Isla de Cuba.



y de muy notables campañas coloniales, se diría: aquí hay factores que no conocemos, porque con los que tenemos a la vista no hubiera sido posible que los cubanos hubieran llegado al cabo de San Antonio.

Inglaterra, el pueblo de más experiencia en la clase de guerra que tenía lugar en Cuba, porque puede decirse sin hipérbole, que no ha habido un sólo día en el Siglo XIX que sus tropas no hayan estado combatiendo en Africa, Asia y Oceanía contra pueblos de todas las razas y de todos los grados de civilización, envió a dos oficiales de su ejército para que le informaran sobre las causas del fracaso del ejército español. Uno de ellos fué ese excelso estadista que en los actuales momentos dirige la política y la guerra del Imperio Británico: Winston Churchill, entonces Teniente de Caballería. El otro fué el Teniente Barnes del Cuarto de Húsares.

En la tercera edición de la voluminosa obra "Small Wars" del Coronel del ejército inglés C. E. Callwell publicada en Londres en 1906, y en el capítulo dedicado a la guerra de Cuba de 1895, está incluido el informe del Teniente Barnes. El título de la obra es un término aplicado en Inglaterra, a falta de otro mejor, a las guerras entre ejércitos regulares e irregulares, sin tener en cuenta la cantidad de fuerzas empleadas.

El Teniente Barnes, después de exponer las causas por las cuales un ejército más numeroso, mejor disciplinado, armado y equipado que el de los insurgentes no había sido capaz de evitar que éstos llegaran hasta los confines de la provincia de Pinar del Río, señala, entre otros, los tres siguientes errores fundamentales en que incurrieron los españoles: ausencia completa de un plan general, la defensiva como método de hacer la guerra y la persistencia del gobierno español en no reconocer que en Cuba tenía una verdadera guerra.

Al leer el informe se advierte que fué redactado por un oficial que conocía su profesión, y que no se contentó con exponer errores, sino que también recomendó remedios, aunque reconociendo que al ejército español le faltaban ciertas condiciones para poder aplicarlos; pero también se advierte que el teniente Barnes por el poco tiempo que estuvo en Cuba, y siempre en el ejército español, no tenía el menor conocimiento del ejército cubano ni de su historia.

Los Estados Unidos, con más conocimientos de nuestra guerra, si no fueron los más sorprendidos, fueron, por razones históricas, estratégicas y económicas, los más preocupados. No hay que olvidar las gestiones de algunos de sus Presidentes para adquirir por compra la Isla de Cuba, y que esta nación antes y después de nuestra independencia ha sido nuestra Metrópoli comercial.

En cuanto a lo que pensara el Estado Mayor del ejército Español, voy a dejarlo al juicio de ustedes, después que oigan lo siguiente:

Tres días después de haberse iniciado en Oriente la marcha de la columna invasora, escribió en New York Enrique José Varona, padre del que les habla, una completa exposición de los motivos que habían tenido los cubanos para rebelarse contra España. Esta exposición titulada "Cuba contra España" y publicada en periódicos y folletos en castellano, en inglés, en francés y en italiano, fué difundida por toda la América y gran parte de Europa. ¿Creen ustedes que llegó a conocimiento del gobierno español por conducto de su cónsul en New York o de su ministro en Washington o del Capitán General de la Isla de Cuba? No; uno de los folletos fué puesto en manos de la Reina Regente, Doña María Cristina por . . . el embajador de Su Majestad británica en Madrid.

Los únicos elementos que para formar juicio sobre la marcha de la columna invasora tuvieron en el

exterior, fueron los partes inexactos, tendenciosos y las más veces absurdos de la Capitanía General de la Isla de Cuba. Pero hubo un hecho real: la columna invasora había salido del centro de la Provincia de Santiago de Cuba y había llegado a Mantua, la ciudad más occidental de toda la Isla. Los militares extranjeros tuvieron que suponer que los que tal hecho habían realizado eran algo más que una horda indisciplinada, mandada por titulados Generales, que se dispersaba al menor ataque de las fuerzas leales.

Para corroborar esta suposición voy a leer a ustedes las conclusiones a que llegó el Coronel Callwell después de advertir que los principios generales que deben guiar la conducta de las tropas regulares en la guerra de guerrillas, por él recomendados, no fueron puestos en práctica por el ejército español. Dice así: "Debe recordarse que los insurgentes cubanos descienden de una raza inteligente, que estaban muy determinados y MUY BIEN ARMADOS. Someter a pueblos como éste no es tarea fácil. Fué el mismo caso de nuestra guerra contra los Boers en los años 1901 y 1902".

Milité en el ejército invasor con el privilegiado cargo de Ayudante de Campo del General Maceo, y tuve la suerte extraordinaria de no haber sido dado de baja por ningún motivo durante toda la campaña de invasión; y puedo asegurar a ustedes que en cuanto a inteligencia y determinación estaba en lo cierto el Coronel Callwell, pero en cuanto a que estuviéramos BIEN ARMADOS, distaba mucho, pero mucho, de la realidad. Era todo lo contrario. Estábamos muy mal y escasamente armados, y lo que era más grave, las más de las veces, sin suficientes municiones para las armas. Si los cubanos al terminarse la campaña de invasión hubieran tenido armas y municiones suficientes para todos los hombres que se incorporaron al Ejército Libertador, la paz se hubiera firmado en la Habana entre cubanos y españoles.

La invasión de las provincias occidentales en 1895 lo mismo que la de la guerra de los Diez Años, fué la necesidad política y militar que tenía la Revolución de extenderse por todo el territorio cubano. Esto no podía pasar inadvertido a los cultos iniciadores de la Guerra Grande. Ya en 1871 Carlos Manuel de Céspedes le manifestó esta necesidad al General Máximo Gómez. A mediados de 1872 este General, y a principios de 1873, el General Agramonte se le habían propuesto al gobierno de la República en armas. Por fin fué realizada por el General Gómez y de una manera brillante en 1875. Tan extraordinario fué el éxito de esta campaña, considerada el mayor acierto de la guerra de los Diez Años, que en 1895 la invasión ni se propuso ni se discutió; estaba en la conciencia de todos los dirigentes de la Revolución. Esta asombrosa marcha militar no tuvo más origen que una orden del General en Jefe del Ejército Libertador.

Cuando Martí en 1895 dispuso el levantamiento contra España, inmediatamente se produjo la movilización del Ejército Libertador de 1868. La mayoría de sus oficiales y soldados acudieron al llamamiento. Es fácil comprender la enorme ventaja que para la Revolución significaba comenzar la guerra con los veteranos de la guerra grande. No hubo que pagar el doloroso y sangriento aprendizaje de los inexpertos iniciadores del Grito de Yara.

Con elementos de este ejército y los hombres de la nueva generación que, con todo el entusiasmo de la juventud estimulado por la historia y la leyenda de los soldados del sesenta y ocho, a ellos se unieron, se organizó el ejército Invasor.

Este ejército no tenía más que dos armas: caballería e infantería, ambas, superiores en calidad a las del ejército español, pero infinitamente inferiores en número, equipo, disciplina y armamento.

La caballería cubana fué CREADA por el insig-

ne Ignacio Agramonte, el hombre más completo que produjo la Revolución de 1868. A su genio no podía pasar inadvertido que los camagüeyanos poseían, sin necesidad de previa enseñanza las dos cualidades esenciales en el soldado de caballería: montar bien a caballo y manejar diestramente el arma blanca. Los camagüeyanos desde sus más cortos años andaban siempre a caballo con un machete a la cintura. No le quedó más tarea que organizarlos, adiestrarlos y disciplinarlos. En esto también demostró el Mayor, como era denominado Agramonte por sus subordinados, sus extraordinarias facultades. La mayor parte de los militares españoles que escribieron sobre la guerra de los Diez Años, reconocieron la excelencia de la caballería camagüeyana, y el General Máximo Gómez, cuando debido a la muerte de Agramonte vino a sustituirlo en el mando de las fuerzas de Camagüey, declaró que era la fuerza más disciplinada y mejor organizada del Ejército Libertador.

Pero más elocuente que estos juicios es el siguiente relato: El 2 de Diciembre de 1873, pocos meses después de haber tomado posesión del mando de las fuerzas de Camagüey el General Máximo Gómez, tuvo lugar un encuentro con una columna enemiga de seiscientos hombres, compuesta de caballería, infantería y guerrillas. Con táctica sencillísima consiguió el General Gómez que la caballería española cargara a un destacamento de la de los cubanos, y entonces ocurrió lo que en la historia de la Guerra de los Diez Años se llama la contra carga de "Palo Seco", donde, en menos de una hora, no más de doscientos jinetes aniquilaron a la columna española, con excepción de setenta prisioneros y unos cuantos dispersos. Sus cadáveres dieron fe de la eficiencia de la Caballería camagüeyana. El espíritu de Agramonte debió quedar muy satisfecho del instrumento y del artífice.

La infantería, sobre todo la oriental, que fué la

que tomó parte en la invasión, se componía de negros montañeses orientales, dotados de tan extraordinaria resistencia física, debida, sin duda, a la selección natural, porque jamás fueron endurecidos por el diario ejercicio a que se somete a los reclutas de todos los ejércitos, que los capacitaba para marchar descalzos, semidesnudos, con el managüi, (1), el fusil, el machete, y las municiones, en la seca o en las lluvias, nueve o diez leguas en nueve o diez horas y quedar en condiciones de combatir (2).

Para que ustedes comprendan lo que esto significa, imagínense un batallón que a las cinco de la mañana saliera de marcha con todo su equipo del frente del Capitolio, llegara a Batabanó a las tres de la tarde y entrara en acción inmediatamente. Esta asombrosa MOVILIDAD era lo que constituía la superioridad de la infantería cubana sobre la española.

Los soldados del ejército español estaban armados de fusiles y carabinas Maüser los regulares y de fusiles y de carabinas Remington los voluntarios y guerrilleros. El Maüser era el mejor fusil de aquella época y tan bueno, que todavía es un arma de primer orden. Estaban siempre municionados de acuerdo con las disposiciones de los reglamentos y tenían todas las reservas necesarias. España había invertido hasta Octubre de 1895, cincuenta millones de pesos en pagar, armar y equipar a su ejército de Cuba (3).

Fracasadas en Fernandina las expediciones organizadas por Martí, el Ejército Libertador de 1895, empezó, sin más armas ni municiones que las pocas que habían adquirido algunos conspiradores y las que

(1) En la lengua caribe la mochila.

(2) Aunque la infantería que venía de Oriente permaneció en Trinidad, no continuando con la columna invasora, la que se organizó en el campo de batalla de Mal Tiempo, también se componía de negros montañeses orientales.

(3) Datos del Ministerio de la Guerra de España.

se ocuparon a unos cuantos voluntarios españoles. Posteriormente se obtuvieron unas cuantas más quitándoselas al enemigo en acciones de guerra. Hasta el 22 de Octubre de 1895, día en que inició su marcha hacia Occidente el contingente oriental del Ejército Invasor, no habían llegado a Cuba más que dos expediciones con armas y municiones: la de Sánchez Hechevarría, en la cual vine yo, que desembarcó en Baracoa cien carabinas Remington y diez mil cartuchos y la de Roloff y Serafín Sánchez que trajo trescientos fusiles y carabinas Remington, trescientos machetes y doscientos mil cartuchos.

La primera se distribuyó entre las fuerzas de Baracoa y Guantánamo y con las armas de la segunda se armaron una parte de la fuerza de Las Villas.

Cuando reunido en el campamento de la Mala Noche el cuatro de Noviembre de 1895, en Oriente, el contingente oriental, que había de formar parte del ejército invasor, el armamento de sus mil cuatrocientos combatientes se componía de algunos fusiles Maüser, muy pocos, y de viejos fusiles y carabinas Remington, en muy mal estado la mayor parte. Entre todos llevaban quince mil cartuchos, ¡menos de once cartuchos por hombre! Para que ustedes se formen una idea del escaso valor, técnicamente hablando, desde luego, que tenían las subdivisiones de aquella fuerza como unidades de combate, con tan exigua dotación de municiones, debo decirles que once cartuchos de Remington los puede disparar cualquier tirador corriente en tres minutos, y si son de Maüser en un minuto poco más o menos.

Desde aquella fecha, hasta el 22 de Enero de 1896 en que se dió por terminada la campaña de invasión en Mantua, Pinar del Río, la columna invasora no tuvo un fusil más, un cartucho más ni un machete más que no hubiera sido arrebatado al enemi-

go. ¡Pudimos decir sin jactancia que nuestro arsenal estaba sobre los hombros y en la cintura de los soldados españoles!

El arma blanca del ejército Libertador era el machete. Unicamente los que hayan estado en las guerras de Cuba pueden imaginarse lo que significaba para el guerrero cubano, tan desprovisto de todo, esta hoja de acero terminada en punta, de mucho peso y de un solo filo. Era utensilio para todas las necesidades de la vida cotidiana, era instrumento para todo trabajo mecánico y era arma formidable en el combate... Pero lo que era formidable no era el arma de por sí, que de haberlo sido la hubieran adoptado los ejércitos de aquella época, ¡sino el campesino cubano manejando el machete! La enciclopedia española de Espasa, informada sin duda, por los militares españoles que hiceron la guerra de Cuba, dice al describirlo: "En las Guerras de Cuba el Machete ha sido un arma TERRIBLE y de grandísima utilidad, SOBRE TODO, cuando la empleaban los cubanos".

Voy a relatarles un episodio del combate de Mal Tiempo, donde, por haber sido uno de los actores, pude apreciar la eficacia del machete en dos de sus usos principales: como instrumento de trabajo y como arma de combate. Obtenido el contacto con el enemigo el General Maceo ordenó el despliegue de su Estado Mayor y de su escolta para combatir por medio del fuego; pocos minutos habían transcurrido cuando se advirtió que partiendo de nuestro flanco derecho fuerzas de caballería cargaban al enemigo. ¡A la Carga!, ordenó el General. A escape partimos hasta encontrarnos una cerca de alambres de púas que se interponía entre nosotros y nuestros contrarios. Nuestros jinetes no vacilaron. Sabían lo que tenían que hacer. Rápidamente cayeron los filos de los machetes en la intersección de los alambres con

los postes que los sostenían y... el camino quedó expedito. Impetuosamente avanzamos y, en menos tiempo del que se necesitó para derribar la cerca, cayeron desplomados a golpes de machete treinta o cuarenta soldados enemigos que frente a nosotros y ante nuestro empuje, en desorden se retiraban.

El numeroso ejército de España en Cuba estaba mandado por treinta y siete de los mejores Generales del Ejército español. El exiguo ejército invasor por dos Mayores Generales y dos Generales de Brigada. Los dos primeros, Máximo Gómez, el General en Jefe del ejército cubano, y Antonio Maceo, el Lugar-Teniente General, eran no solamente los mejores del ejército cubano sino los mejores de los dos ejércitos. Este juicio no es el producto de mi admiración por aquellos dos hombres sino el conocimiento de los hechos por ellos realizados durante las guerras de 1868 y 1895.

La primera de estas guerras produjo cuatro guerreros extraordinarios: ellos dos, Ignacio Agramonte, muerto en el campo de batalla en 1873 y Calixto García, que no se encontraba en Cuba cuando la campaña de Invasión. Sin ellos, que llenaron con sus hazañas la Guerra Grande, no hubiera sido posible nuestra última guerra de independencia.

No ha habido un solo cubano que haya escrito sobre nuestros guerreros que no haya reconocido que era el genio la cualidad primordial del General Gómez. No fué la escasa preparación militar que adquirió en Santo Domingo, su país de nacimiento, lo que lo hizo sobresalir desde el primer momento en la Guerra de 1868, sino que los demás tuvieron que admitir que hacía cosas que ellos no sabían o no podían hacer.

En la acción de los "Pinos de Baire" enseñó a los cubanos como una infantería cargando al mache-

te podía derrotar a una columna enemiga. Tan pronto como tuvo mando y recursos se reveló el estratega de la Invasión de Guantánamo en 1871, de la de Las Villas en 1875 y de la de las provincias occidentales en 1895. Fué tal el prestigio que por sus hechos adquirió que no hubo nadie en el ejército Libertador por alta que fuera su jerarquía, que no sintiera por él profunda admiración y respeto. Como demostración de este aserto voy a referirles una anécdota ocurrida en la campaña de invasión y de la cual fuí testigo presencial. Un distinguido hombre de ciencia y brillante expositor de muchos hechos de nuestra guerra de Independencia (1), la cita y la comenta en una notable conferencia titulada "Máximo Gómez en las Invasiones del 75 y del 95", y precisamente para hacer resaltar el respeto que sentía Maceo por el General Gómez. Fué la siguiente: El 5 de Enero de 1896 por la noche, con varias columnas españolas muy cerca de nosotros, acampamos en el pueblo de Ceiba del Agua, en la provincia de la Habana. Pasada la media noche el General Maceo tuvo noticias, que no se confirmaron, que una columna enemiga avanzaba hacia nuestro campamento. Inmediatamente ordenó que se tocara llamada y que se practicara un reconocimiento, enviando al mismo tiempo, un aviso al General Gómez, que tenía por costumbre no acampar nunca en poblado. Sobre las armas las fuerzas, el General Maceo con su Estado Mayor se situó en una de las entradas del pueblo. Transcurrido algún tiempo se advirtió que una fuerza de caballería avanzaba por el camino. Era el General en Jefe con su Estado Mayor y su escolta. Se detuvo a poca distancia del General Maceo y después de algunas frases de reconvención, que no recuerdo, terminó con estas dos que nunca he olvidado: ¡General Maceo! ¿Qué usted

(1) Doctor Benigno Souza.

también se está ENCASQUILLANDO? (1). Que no se vuelva a molestar al General en Jefe sin necesidad. Yo estaba a la izquierda del General Maceo, a su lado, y puedo asegurar a ustedes que la única reacción del General ante aquella intemperancia del General Gómez, fué, volver la cabeza hacia la izquierda pasándose la mano por el bigote y la boca, gesto muy habitual en él, y decir sonriéndose, en voz muy baja: ¡Han visto ustedes las cosas de este viejo! Tengo la seguridad que fuí uno de los pocos que oyeron esta frase.

Este incidente no tuvo trascendencia de ninguna clase y nunca lo oí comentar por nadie en el Estado Mayor del General Maceo. Y es que ni los que rodeaban a Gómez, ni los que rodeaban a Maceo, ni el mismo Gómez, creían en el ENCASQUILLAMIENTO del General Maceo. Tampoco, en ningún tiempo, supe la causa de la actitud del General Gómez en aquella noche. Todas las medidas que tomó el General Maceo fueron adecuadas, y no hay duda de que prevenir al General en Jefe era una de las más importantes. Hay que tener presente que el General Maceo, como Jefe de la columna, tenía toda la responsabilidad.

Antonio Maceo, de humilde origen alcanzó únicamente por su propio esfuerzo y debido a su clara inteligencia, valor extraordinario, audacia, carácter y energía, el grado más alto del ejército Libertador, estimuladas, además, todas estas cualidades por su amor a la gloria y una fe ciega en el triunfo de la causa de Cuba por el único esfuerzo de los cubanos.

Por sus hazañas ya como jefe, ya como subalterno, adquirió tal ascendiente sobre sus hombres que únicamente él hubiera podido llevar a los orientales de las montañas de Oriente a las montañas de Pinar del Río.

---

(1) Encasquillarse significa en la jerga mambisa, acobardarse.

El ejército español se componía de todas las armas y de todos los cuerpos auxiliares de aquella época, teniendo además como eficaces auxiliares, por el conocimiento que tenían del territorio donde operaban, numerosas unidades de guerrillas compuestas por mercenarios cubanos. Disponía asimismo de todas las bases de operaciones necesarias, provistas de hospitales, almacenes, depósitos de municiones y comunicaciones de todas clases. El ejército invasor llevaba un Auditor General y un destacamento de nuestro cuerpo de Sanidad compuesto de tres médicos y unos cuantos sanitarios. No tuvo más municiones de boca y más remonta que la que le proporcionaban el territorio por donde avanzaba, ni más suministros que los que se ocupaban al enemigo. Nuestros hospitales de sangre se improvisaban en los bosques u otros lugares de difícil acceso, pero expuestos siempre a ser asaltados por el enemigo que no respetando las más veces ni las leyes de la guerra ni las de la humanidad, asesinaba a los heridos.

Nuestros heridos leves permanecían en sus unidades, incorporándose a la impedimenta cuando se entraba en acción. Nuestra impedimenta que por su excesivo tamaño era una rémora extraordinaria para la columna durante la marcha y una dificultad más, durante el combate, constituía, sin embargo, un depósito ambulante de reclutas, de camilleros y de caballos de repuesto.

Parte del contingente oriental del ejército Invasor al mando de Maceo y acompañado del personal del Gobierno de la Revolución partió del histórico Baraguá el 22 de Octubre de 1895. En seis marchas se llegó a "Mala Noche", jurisdicción de Holguín, donde se incorporaron otras fuerzas de Oriente.

Habiendo llegado a conocimiento del enemigo nuestro avance hacia Camagüey envió varias columnas para que trataran de interceptar la marcha. Una

de éstas, con elemento de las tres armas, nos atacó por nuestra retaguardia el día 7 de Noviembre, poco después de nuestra salida del campamento de la Soledad. A las once de la mañana nos dió alcance en el potrero de Guaramanao, donde habíamos hecho alto, obligando al General Maceo a desplegar las fuerzas con objeto de detener el avance del contrario. Conseguido esto, ordenó la retirada hacia el Lavado donde acampamos aquella noche, pues no era la intención de nuestro Jefe librar acciones formales siempre que fuera posible evitarlas. Al ser de día nuestros exploradores avisaron que la columna enemiga que había acampado en Guaramanao avanzaba hacia nuestro campamento. Se tomaron posiciones y se combatió hasta las once de la mañana. Poco tiempo después continuamos nuestra marcha, cruzando el río Jobabo y acampamos en territorio camagüeyano, sin que el enemigo hubiera podido evitarlo. Este fué el primer fracaso estratégico del Alto Mando español.

En dieciseis marchas se atravesó el territorio de Camagüey, y el 29 de Noviembre, al ser de día, al son del himno de Bayamo, tocado por nuestra banda montada, y a banderas desplegadas, nuestra columna de poco más de mil quinientos hombres de caballería e infantería cruzó La Trocha, que así se nombraba la línea militar de Júcaro a Morón, sin que el fuego de los fortines españoles nos causara el menor daño.

Por la tarde de ese mismo día llegamos a Lázaro López donde se encontraba el Cuartel General del General en Jefe. El General Gómez no tenía más fuerzas con él que su escolta de camagüeyanos y seis escuadrones de las fuerzas de Las Villas.

La primera disposición que tomó el General en Jefe, al incorporársele el contingente oriental, fué

designar al General Maceo para el mando del cuarto cuerpo, que lo formaban las fuerzas de Las Villas, y confiarle asimismo, el mando de la columna invasora, que constituía un organismo independiente de los cuerpos de ejército; y, en previsión de que se realizara el objetivo de la campaña de invasión, que era llevar la Revolución a las provincias de Matanzas, Habana y Pinar del Río, designarlo también para el mando del Quinto cuerpo que habría de organizarse con elementos de estas tres provincias.

El 1º de Diciembre de 1895 tuvo lugar la acción de la "Reforma". Para los cubanos no fué más que un combate de retaguardia que no les impidió acampar esa tarde en territorio de Las Villas, como era el propósito al iniciarse la marcha aquel día; para los españoles, una batalla campal según el parte oficial de la operación; y para los tenientes Winston Churchill y Barnes, del ejército Británico, incorporados a la columna española en calidad de observadores, un dato más para el informe que sobre la guerra de Cuba debían rendir a su Gobierno.

Al siguiente día, ya en territorio de Las Villas, por la jefatura del ejército se dictaron instrucciones acerca de la forma en que todas las fuerzas de aquella provincia debían cooperar al éxito de la columna invasora en su marcha hacia Occidente. Al mismo tiempo fueron destacadas de la columna la Brigada de infantería oriental y algunas fuerzas de Las Villas para que con el mismo objeto, se dirigieran al valle de Trinidad.

El 3 de Diciembre se libró el reñido y sangriento combate de Iguará. Aunque en esta acción la victoria estuvo de nuestra parte, se pudo advertir que no había sido una medida acertada no dejar en la columna algunas fuerzas de infantería.

El día 9 en un lugar denominado "Los Indios", cerca del pueblo fortificado de Fomento, una peque-

ña fuerza de infantería enemiga que se encontraba emboscada abrió fuego causándonos algunas bajas. Al ser atacada se retiró sin haber sido posible su persecución.

El día 11, por la tarde, apercibidos para el combate en las excelentes posiciones de las alturas de Manacal, y desmontando jinetes para remediar nuestra falta de infantería, fuimos atacados con gran decisión por una columna de más de cuatro mil hombres de las tres armas, dirigida por un jefe de mucha pericia y extraordinaria tenacidad. Después de tres días de combatir incesantemente, en aquel lugar el primero, en las abruptas lomas de Quirro el segundo y en el camino de Siguanea el tercero, y en los cuales el General Maceo defendiendo personalmente nuestra retaguardia demostró una vez más ser el gran jefe de infantería que siempre había sido, acampamos en el valle de la Siguanea, con muy pocas bajas, muchos caballos estropeados y las cananas exhaustas, pero... a las puertas de Cienfuegos.

Al siguiente día descendimos de las lomas, penetramos en el valle de Cienfuegos por Barajagua y acampamos en Guamá de las Cruces, donde pudimos remontar parte de la caballería.

Al día siguiente 15 de Diciembre de 1895, tuvo lugar el combate de Maltiempo. Esta acción fué la más trascendental de toda la campaña de invasión, no solamente por la victoria que se logró, sino que por sus consecuencias, puede asegurarse que le abrió las puertas de Occidente al ejército Invasor. Así como el éxito de la invasión es incomprensible para los estrategas, la victoria del Mal Tiempo no lo es menos para los tácticos. Que fuerzas de caballería derrotaran al arma blanca a batallones de infantería armados del mejor fusil de repetición de aquella época, era algo no previsto en los tratados de tácticas de 1895.

El triunfo se debió a la extraordinaria audacia y a la intuición de nuestro General en Jefe que, a pesar de sus sesenta años, seguía siendo el primer jefe de caballería del ejército Libertador. Algo advirtió el general Gómez en las filas enemigas que lo impulsó a cargar a la cabeza de su escolta, seguida de tres escuadrones, y romper y aniquilar un cuadro formado por un batallón de infantería española. El apoyo que el General Maceo le prestó cargando desde nuestro flanco izquierdo determinó la derrota total de los contrarios.

Con doscientos fusiles recogidos en el campo de batalla se improvisó allí mismo una fuerza de infantería, que tanta falta nos estaba haciendo, y que ya por la tarde tomaba parte en una acción librada por Maceo con una columna que, probablemente, venía en auxilio de sus compañeros del Mal Tiempo.

Al siguiente día se continuó la marcha hacia Matanzas reforzando la columna con fuerzas de Las Villas. El 20 se libró la acción de la "Colmena", donde el enemigo no se atrevió a pasar el río de este nombre porque probablemente, se cercioró que novecientos caballos lo esperaban en batalla. Prudentemente se retiró.

Fué tal el prestigio que habíamos adquirido que en lo sucesivo el enemigo no se atrevió a operar más que en fuertes columnas y con extraordinaria cautela.

Después de la acción de la Colmena nos dirigimos hacia Colón, donde según noticias de nuestro Cuartel General, se encontraba el General en Jefe del ejército español dirigiendo los movimientos estratégicos de sus columnas con objeto de evitar la continuación de nuestra marcha por la provincia de Matanzas.

El 21 por la noche, después de haber tenido lu-

gar por el día, las dos pequeñas acciones del Desquite y Antilla, nuestra columna debido a la obscuridad, quedó dividida en dos, pero afortunadamente en una de las partes estaba el General Gómez y en la otra el General Maceo. Al siguiente día mientras los dos jefes trataban de localizarse el uno al otro, se continuó por ambos el incendio de los cañaverales de todos los ingenios de Colón, Jovellanos y Cárdenas.

El día 23 de Diciembre por la mañana, se reunieron otra vez ambos caudillos. A las tres de la tarde nuestra vanguardia atacó y tomó el pueblo de Coliseo, al mismo tiempo que por nuestra retaguardia se presentaba una fuerte columna enemiga de las tres armas, mandada, según supimos después, por el General en Jefe del ejército español.

Entonces tuvo lugar la histórica acción de Coliseo, de escaso valor militar, y donde Martínez Campos a pesar de haber quedado dueño del campo, sin duda alguna apocado su ánimo por su derrota en Peralejo, sus repetidos fracasos estratégicos al tratar de evitar la marcha hacia Occidente del ejército Invasor, el aniquilamiento de una de sus columnas en Mal Tiempo y el pavoroso espectáculo de una provincia en llamas; abandonó la dirección personal de las operaciones y se presentó en la Habana a confesar que había sido incapaz de evitar que los invasores le presentaran combate a las puertas de la ciudad de Cárdenas.

Para el ejército Invasor fué uno de sus triunfos más completos, pues su retirada del lugar del combate, no impidió que la Revolución se siguiera extendiendo por toda la provincia, que los campos de caña fueran incendiados, con gran quebranto de los recursos económicos del enemigo, que fracasaban todos los planes estratégicos del ejército español y que su General en Jefe admitiera su derrota.

El 24 y el 25 marchamos hacia el Sur, dejando los núcleos principales del enemigo a nuestra retaguardia. En nuestra marcha del 26, por primera vez con rumbo a Oriente, tuvimos una pequeña acción de retaguardia con la guarnición del poblado de Caimito, y dejamos nuestros heridos y enfermos en dos hospitales de sangre, uno cerca y otro dentro de la Ciénaga de Zapata. El 27 acampamos en el ingenio Indio en el distrito de Cienfuegos.

El 28 se avanzó otra vez hacia Occidente y acampamos por la noche en la Provincia de Matanzas.

Al siguiente día tuvo lugar el combate de "Calimete", que comenzó al ser de día, al disiparse la neblina que cubría el campo, contra una columna de infantería y caballería. Es la vez que he visto combatir mejor y con más ardimiento a los españoles. Calimete fué una acción muy reñida y con excepción de la del Mal Tiempo, la más sangrienta de la campaña de invasión; y que, de habernos combatido con la misma resolución que la columna que se batió por la mañana, la que en nuestra retirada, y embarazados como estábamos por un convoy de sesenta y nueve heridos (36 de ellos en camillas), nos atacó por el flanco izquierdo desde el ingenio Central María, y la otra que trató de interceptarnos el paso en la finca Rocío; puede que hubiera tenido un contratiempo, tal vez irreparable, nuestra marcha hacia Occidente.

El 30 de Diciembre emprendimos la marcha con una columna enemiga en nuestro rastro. A las pocas horas, otra, transportada por ferrocarril, no muy numerosa, se presentó por nuestro flanco izquierdo, y precisamente cuando nuestro convoy de heridos acababa de desfilar por aquel sitio. La infantería contuvo al enemigo y se continuó la marcha sin más consecuencias. Se acampó en el ingenio Nueva Empresa.

Al día siguiente, después de haber dejado nuestros heridos en Manjuarí, una de las entradas de la Ciénaga de Zapata, continuamos la marcha otra vez hacia Occidente, y después de una jornada de sesenta kilómetros acampamos por la noche en el Estante, lugar muy cerca de los límites de la provincia de la Habana. Aquella noche se destinaron a otros mandos a dos Generales, que marcharían al siguiente día a ocupar sus puestos y se destacó un regimiento de caballería para que precediera a la columna invasora en su marcha hacia la Habana. Las fuerzas que se destinaron para estos objetos, fueron sustituídas por otras de las de Matanzas.

La diana del día primero de Enero de 1896, fueron las notas del Himno Invasor tocado por nuestra banda. Puesta ya en marcha nuestra columna fuimos atacados por una enemiga. Esta acción denominada del Estante la sostuvo nuestra ya veterana y excelente infantería (debe recordarse que se empezó a organizar bajo el fuego en el campo de batalla de Mal Tiempo, y que bajo el fuego se instruyó y se aumentó). La presencia de nuestra caballería por ambos flancos del enemigo, bastó para que no intentara ni siquiera la persecución. Por la tarde cruzamos el límite de la provincia de la Habana dos mil cuatrocientos caballos, cuatrocientos infantes y numerosa impedimenta, y sin la menor oposición acampamos en Bagáez, cerca de Nueva Paz.

Si se exceptúa el ataque y toma de Güira de Melena, el cuatro de Enero de 1896, donde fueron hechos prisioneros unos cien de los trescientos miembros del instituto de voluntarios —de tan triste recordación para los cubanos— que componían la guarnición, y que más tarde fueron puestos en libertad por nuestro General en Jefe; el avance del ejército Invasor por la provincia de la Habana, y en el cual fueron ocupados y desarmadas las guarniciones

de los pueblos de Guara, Melena, La Salud, Quivicán, el Gabriel, Alquízar, Ceiba del Agua, Caimito, Vereda Nueva, Guayabal, Hoyo Colorado y Punta Brava; fué una marcha triunfal a través de ocho columnas enemigas, seis de ellas mandadas por Oficiales Generales (1), que más que a combatirlo parecía que habían venido a escoltarlo, como un homenaje a tanta audacia. ¡Nunca ejército alguno hubiera tenido honor más merecido!

El día 6 de Enero acampamos en Hoyo Colorado y al siguiente día por la mañana en una breve conferencia celebrada entre nuestros caudillos, se acordó que el General Maceo con mil quinientos caballos efectuara la invasión de la provincia de Pinar del Río y que el General Gómez con dos mil caballos y trescientos infantes permaneciera en la provincia de la Habana con objeto de evitar que el enemigo pudiera enviar numerosas columnas en persecución del General Maceo. Este apoyo del General Gómez constituye una de las más brillantes entre sus brillantes campañas.

El General Gómez emprendió la marcha enseguida hacia el Suroeste de la Provincia de la Habana. Al propio tiempo el General Maceo se dirigió hacia el Noroeste con objeto de explorar los límites de la Habana y Pinar del Río. Al oscurecer retrocedió marchando hacia la capital con objeto de obtener informes que hicieran posible un ataque a Marianao. No habiéndose obtenido estos informes, se acampó en el ingenio Maurín cerca de Hoyo Colorado, desde donde se podía advertir el resplandor del alumbrado eléctrico de la ciudad de la Habana. Persistiendo el General Maceo en su ataque a Marianao, al siguiente día marchamos hacia la playa de Baracoa, en donde tuvimos aviso de la proximidad

(1) Estos datos son de un cablegrama enviado a Madrid por el General Martínez Campos el 2 de Enero de 1896.

de una columna española. En situación tan comprometida, pues estábamos entre el mar y el enemigo, Maceo no vaciló: avanzó personalmente y atacó con su Estado Mayor y su escolta. Este simple movimiento y la exposición de nuestra numerosa caballería fueron suficientes para que la columna contraria se inmovilizara en el ingenio Palomino, lo que le permitió al General Maceo hacer desfilar nuestros escuadrones por las guardarrayas del central Lucía y, después de dejar algunos heridos en el batey del ingenio continuar la marcha hacia Pinar del Río, dejando como de costumbre el enemigo a retaguardia. Esta acción se denominó combate de Garro.

El 9 de Enero, desde Verriel, lugar donde acampamos la noche anterior, marchamos hacia el valle de Cabañas. Durante la marcha tuvimos noticias de la proximidad de dos columnas enemigas. El General Maceo desde el ingenio Begoña le envió por escrito una intimación para que se rindiera al Jefe del fuerte "Pinillos". Este oficial contestó negativamente. El General ordenó que se tiroteara el fuerte, no con objeto de atacarlo sino de llamar la atención de las columnas españolas hacia aquel lugar y facilitar el ataque que intentaba al pueblo de Cabañas. Bajo un torrencial aguacero se continuó la marcha hacia Cabañas a donde llegamos poco después de las ocho de la noche. Organizado el ataque se inició éste, arrollando nuestra vanguardia de caballería la avanzada enemiga situada a la entrada del pueblo y ocupando la plaza de la Iglesia. La guarnición se atrincheró en la iglesia y en la casa del Ayuntamiento, capitulando a las tres horas ante la amenaza de ser quemados vivos, pues ya los nuestros habían acumulado combustible suficiente al pie de ambos edificios.

Aquella noche se acampó en el ingenio San Juan Bautista, de donde se continuó la marcha al siguiente día hacia Occidente. Fuerzas de Pinar del

Río incorporadas a la columna el día anterior constituyeron un auxilio muy valioso, dado el conocimiento que tenían de aquel territorio. Pronto se avistó el pueblo de San Diego de Núñez, cuya guarnición capituló a la primera intimación. En el camino de Bahía Honda se incorporaron otras fuerzas de Pinar del Río. Aquella noche acampamos en el pueblo de Bahía Honda. Al siguiente día al ponernos en marcha, unas avanzadas nuestras cambiaron algunos disparos con fuerzas enemigas que por mar venían a guarnicionar a Bahía Honda y Consolación del Norte Acampamos aquella noche en el pueblo de Las Pozas, histórico lugar por haber desembarcado allí Narciso López en 1851, ocupando un centenar de fusiles que tenía el Alcalde en depósito.

El día 12 de Enero algunas patrullas nuestras incendiaron los embarcaderos de Río Blanco, La Mulata y Verracos, en tanto que nuestra columna se dirigió hacia el pueblo de la Palma con intención de atacarlo. A las súplicas de una dama con dos niños el General Maceo desistió del asalto al pueblo, aceptando una contribución de guerra y la promesa de que se abandonaría por los habitantes el negocio del tabaco.

El 16 de Enero, después de haber atravesado la abrupta Sierra de los Organos y de haber pernoctado el 13 en Lagunas de Piedra, el 14 en el caserío de Caiguanabo y el 15 en el de Pilotos, acampamos en Paso Viejo a la vista de la Ciudad de Pinar del Río.

El 17 de Enero a los sones de nuestra banda y bajo el fuego de una pieza de artillería, desfilamos a corta distancia de la capital de la provincia. Se continuó la marcha hacia el barrio de las Taironas, a menos de dos leguas de la ciudad de Pinar del Río, donde encontramos en la carretera que une a esta ciudad con el embarcadero de la Colorna a una columna enemiga, que avisada de nuestra proximidad se

hallaba apercibida para el combate. El ataque se inició inmediatamente, y debido a la firmeza con que resistió y a la llegada de refuerzos pudo retirarse ordenadamente hacia Pinar del Río. Al día siguiente, en el mismo lugar y ya en marcha nuestra fuerza, de la cual se había destacado una parte con la misión de buscar lugar adecuado para los heridos del día anterior, se presentó otra columna enemiga. Pero el General Maceo, después de haberse cambiado algunos disparos entre ella y nuestra retaguardia, ordenó que se continuara la marcha. Los contrarios no intentaron la persecución.

El día 19 de Enero fué sorprendido nuestro campamento de Tirado, librándose allí la última acción de la columna invasora. El enemigo aprovechando la sorpresa, bien dirigido, y con exacto conocimiento del terreno nos atacó vigorosamente, obligándonos a retirarnos del lugar del combate. Acampamos en Sábalo, continuando al día siguiente, 20 de Enero, con rumbo hacia Guanes. En este lugar entramos por la tarde y fuimos recibidos por todos los partidarios que la Revolución tenía en el pueblo y por un regimiento de caballería organizado en la jurisdicción.

El 22 de Enero de 1896, salimos de Guanes y en una ininterrumpida jornada de 30 kilómetros, llegamos por la tarde al pueblo de Mantua, donde la presencia de la columna invasora y el acta levantada en la casa del Ayuntamiento, dieron fe de que se había cumplido el objetivo de la campaña de invasión por medio de una de las marchas militares más notables de la historia y, la más notable, si se considera la enorme disparidad que había entre los elementos de guerra de que disponían ambos contendientes.

Espero haber podido demostrar en este sucinto relato, que el éxito de la campaña de invasión más

que a la incapacidad del ejército español se debió a las extraordinarias virtudes militares de nuestros generales y al valor, abnegación y patriotismo de nuestros oficiales y soldados. Fueron tan notables Gómez y Maceo que en todas las numerosísimas campañas entre ejércitos regulares e irregulares que tuvieron lugar en el siglo pasado, no se encuentran más que dos caudillos que puedan parangonarse con ellos: Abd El Kader en Argelia, de 1832 a 1847 y Schamyl en el Cáucaso de 1831 a 1859, reputados por los tratadistas militares ingleses como dos de los grandes soldados de su época.



Varona y del Castillo, M.
Memorias de la Campaña de Invasión en nuestra última Guerra de Independencia.